

La guerra contra Irak. irracionalidad, cinismo y deterioro moral

El mundo está presenciando una nueva escalada militar en la zona del Golfo Pérsico. Los Estados Unidos, en alianza con el gobierno británico, están decididos a acabar de una vez por todas con el régimen de Saddam Husein. El país más poderoso del planeta no está solo en su cruzada: el gobierno británico y más tibiamente el gobierno español, aun en contra de la voluntad de una inmensa mayoría de sus ciudadanos, han manifestado su apoyo a George W. Bush. Otros gobiernos de menor peso internacional, pero incondicionales a los dictados norteamericanos como el gobierno salvadoreño, no han titubeado en apoyar la decisión de Estados Unidos de someter por la fuerza al pueblo y gobierno de Irak. Los grandes medios de comunicación occidentales —la *CNN* y la *BBC*, por ejemplo— se han convertido en voceros de sus respectivos gobiernos, lo cual los ha llevado, no sólo a ocultar información al público —sobre todo, aquella que se

refiere a la devastación de ciudades y al impacto de los bombardeos sobre la población civil—, sino a manipular hechos e imágenes con la finalidad de robustecer la alianza militar anglo-norteamericana.

La aquiescencia mediática no ha podido ocultar, sin embargo, la destrucción de que está siendo objeto una las civilizaciones más antiguas del planeta. Una civilización está hecha de personas, pero también de símbolos tradiciones y monumentos: todo esto se está convirtiendo en escombros gracias a los misiles y bombas lanzadas indiscriminadamente y por miles sobre el territorio iraquí. Voceros de los gobiernos de Estados Unidos, Gran Bretaña, España y Australia han dicho al mundo que esa destrucción y sufrimiento es el costo a pagar por liberar a la humanidad, ya no se diga al propio pueblo de Irak, de Saddam Husein. Se trata de un argumento perverso y cínico: no es sostenible ni humana ni éticamente que para liberar a un pueblo del yugo de un déspota este pueblo deba ser abatido por el terror a manos de sus presuntos “salvadores”. Esto es, ni más ni menos, lo que están haciendo los gobiernos de Estados Unidos y Gran Bretaña en Irak: están dejando muerte y destrucción sobre un pueblo al cual pretenden beneficiar con la captura de Husein. Definitivamente, el pueblo iraquí será el gran perdedor cuando termine la guerra, sea no capturado Saddam Husein: es ese pueblo el que habrá puesto la mayor cantidad de muertos, heridos y lisiados, y será el que deberá pagar los costos de la reconstrucción de su país cuando los tanques, aviones y barcos estadounidenses y británicos hayan cumplido su misión.

Una de las definiciones más sencillas, pero a la vez más profunda de terrorismo es la que sostuvo en su momento Ignacio Ellacuría: terrorismo —dijo el rector asesinado por los tentáculos del terrorismo de Estado salvadoreño— es ejercer violencia sobre personas indefensas con el fin de atemorizarlas. ¿No es eso, acaso, lo que está ocurriendo en Irak, cuando de su cielo llueven miles y miles de proyectiles enviados desde aviones, helicópteros y barcos? El pueblo iraquí está siendo aterrorizado

por la fuerza militar de Estados Unidos y Gran Bretaña; ambos gobiernos están ejerciendo el terrorismo sobre personas indefensas —niños, mujeres y ancianos— en el más claro y doloroso sentido de la palabra. Nunca el terrorismo puede ser legitimado, no importa el poder económico, militar o político con el que cuente el terrorista, sea un Estado o sea un individuo. Este terrorismo británico-estadounidense debe ser denunciado por ilegítimo, por inhumano y por lo que anuncia: la determinación de Estados Unidos de acabar, usando los medios que sus autoridades estimen necesarios, con grupos, pueblos y naciones a los que se considere sus enemigos. Y de eso nada bueno se puede seguir para el mundo. Aldous Huxley fue visionario cuando escribió, casi al término de la Primera Guerra Mundial, lo siguiente:

“Pase lo que pase [con la Primera Guerra Mundial] podemos tener la seguridad de que será para peor. Temo la inevitable aceleración del predominio mundial de los Estados Unidos, lo cual será el resultado último de todo esto. Era algo que iba a ocurrir con el tiempo, más esto va a apresurar un siglo el proceso. Todos quedaremos colonizados; Europa ya no va ser Europa; todos nos debatiremos en enormes océanos nuevos, añorando constantemente la vieja charca donde un niño débil y pálido lanza su bote de papel hacia el crepúsculo”.

Lo dicho por Huxley vale para nuestros días: después de la guerra en contra de Irak podemos tener la seguridad de que lo que siga será para peor. Además de los miles de iraquíes muertos y mutilados, además de los edificios y monumentos destruidos, quienes han propiciado y tolerado esta guerra quedarán moralmente más empobrecidos de como estaban antes de su inicio. Son los “pobres diablos” de Augusto Monterroso: son los que antes y ahora han hecho de la destrucción de pueblos y civilizaciones una forma de vida.

“Pobres diablos todos —les dice el guatemalteco—, con sus canales; sus pianos y sus bombas; sus bahías y sus asaltos; sus

barrigas con heridas en forma de Vietnam; sus cacahuates y sus rehenes; sus plomeros y sus quísinguers humillándonos; sus maquillajes, sus cementerios y sus fabricantes de chistes de mala muerte: pobres quienes los siguen y los reverencian sinceramente...; los que temen que se enojen porque si se enojan no habrá más créditos, más préstamos, más negocios hechos en nombre de la patria, de la libertad y hasta del pueblo; pobres todos, pobres todos”.

Pobres las Naciones Unidas que han demostrado, una vez más, no sólo su incapacidad para resguardar el orden y la paz mundiales, sino para hacer que un país como Estados Unidos se someta a la lógica de la no-violencia y del respeto a las normas del derecho internacional. La guerra en contra de Irak hace ver, ahora más que nunca, que Estados Unidos está por encima de cualquier dictado que pueda emanar de las Naciones Unidas. En razón de ello, Estados Unidos puede actuar por su cuenta, planificar guerras en contra de otras naciones, declarar legítima su guerra, obligar a otros a que lo sigan y castigar a quienes no le rinden culto a su poder. Las Naciones Unidas han rendido culto a ese poder hasta extremos verdaderamente ridículos. Pese a que Estados Unidos y Gran Bretaña lanzaron una embestida militar en contra de Irak pasando por encima de sus resoluciones, desde la Secretaría General de la organización no se ha condenado la agresión de que es objeto el pueblo iraquí, sino que se ha hecho un llamado a que las partes en conflicto —como si se tratara de dos que han ido a la guerra en iguales condiciones— pongan fin a las hostilidades por la vía negociada. Estos llamados, por lo inviables que son y por su poco realismo, hacen de la Organización de las Naciones Unidas cómplice de la barbarie que la alianza anglonorteamericana —y no una amplia coalición de naciones— están protagonizando en territorio iraquí.

¿Y las víctimas inocentes de las bombas, los misiles, las armas químicas y los proyectiles dirigidos por computadora? En la perspectiva de Estados Unidos y sus aliados, esas víctimas no cuentan; son el costo necesario que exige la salvaguarda del orden

querido por quienes concentran la mayor cantidad de riqueza y poder en el planeta. Las víctimas tampoco cuentan para Saddam Husein, quien, como cualquier otro dictador, no ha dudado en violentar los derechos de su pueblo para mantenerse en el poder. Es este mismo pueblo el que será exterminado con la guerra electrónica que los Estados Unidos y Gran Bretaña, en nombre de la libertad y la democracia, ha desatado contra Irak. Los grandes perdedores de las guerras son los pueblos y, dentro de estos, sus miembros más indefensos: niños, ancianos y mujeres. Por esta única razón es que las guerras son irracionales. La guerra contra Irak, por la estela de dolor, destrucción y muerte que está dejando en el pueblo iraquí, pone en evidencia que los valores más queridos de Occidente —respeto a la dignidad humana, tolerancia, libertad, fraternidad e igualdad— están siendo socavados por una barbarie nacida en su propio seno: una barbarie que se alimenta del desprecio a los otros, la ambición desenfrenada y la búsqueda insaciable de poder.

En definitiva, la guerra en contra de Irak está dejando muerte, dolor y destrucción en el pueblo iraquí. Pero el dolor, la muerte y la destrucción humana y material no están solas; junto a ellas se está gestando un deterioro moral de incalculables consecuencias entre quienes la han promovido y tolerado. Expresión de este deterioro moral es el cinismo con el que los voceros de los gobiernos británico y estadounidense están abordando temas graves de la guerra, como lo son sus mismos objetivos, las violaciones a los derechos fundamentales de la población civil y el rol de los medios de comunicación. Es estos y en otros apartados —por ejemplo, el papel de las Naciones Unidas— el cinismo más burdo clama por sus fueros, en abierto contraste con el dolor y la humillación padecidos por la población más vulnerable —mujeres, niños y ancianos— de Irak.

Ese cinismo aparece en todas partes, especialmente en los espacios mediáticos en los que se reproducen los discursos, evaluaciones y tomas de posición de los señores de la guerra occidentales. Para el caso, desde el estallido de la guerra, los dos

matutinos salvadoreños —*La Prensa Gráfica* y *El Diario de Hoy*— han venido recogiendo esos discursos, evaluaciones y tomas de posición, en los cuales se refleja con una claridad asombrosa el poco respeto que les merece a los líderes británico y estadounidense —al igual que a sus portavoces de aquí y de allá— la verdad, la dignidad humana y la justicia.

El cinismo comienza con la utilización del nombre de Dios para legitimar las barbaridades cometidas en suelo iraquí. Tal como informó *El Diario de Hoy* del 27 de marzo de 2003, George W. Bush dijo, a propósito de los soldados de su país caídos en combate, que los estadounidenses oraban a Dios «para que bendiga y reciba en su seno a cada uno de los caídos, y le agradecemos que la libertad haya encontrado defensores tan valientes». Para Bush, pues, los soldados de su país han sido elegidos por Dios para defender una causa que está dejando dolor y muerte entre sus preferidos: los pobres, las viudas, los niños y los ancianos.

Sobre los objetivos de la guerra, *La Prensa Gráfica*, en su edición del jueves 27 de marzo, recoge las siguientes palabras del presidente de Estados Unidos: «no tenemos otra ambición en Irak que la liberación de su pueblo. El mundo tiene ahora una visión clara del régimen iraquí y del mal que representa (...) Sin embargo, esta guerra está lejos de terminar». Resulta, entonces, que en la óptica de Bush «liberar» al pueblo iraquí —que, hasta donde se sabe, jamás pidió ser liberado por Estados Unidos y Gran Bretaña— supone arrojar toneladas de bombas y misiles sobre sus lugares de residencia y trabajo; resulta que, por representar al «bien», al gobierno de Estados Unidos y a su aliado, el gobierno británico, todo les está permitido. Un día después, el 28 de marzo, el mismo periódico reproduce unas palabras de Bush y del Primer Ministro británico, Tony Blair, que vuelven a enfatizar el pretendido carácter liberador de la destrucción que sus ejércitos están provocando en Irak. Dice Blair: «Saddam Husein y su régimen de odio serán removidos del poder, Irak será desarmada y el pueblo iraquí será libre».

Por supuesto que esa «liberación» no ha sido tan pronta como inicialmente creyeron ambos líderes y sus asesores militares. Y no lo es porque la severidad de los ataques anglonorteamericanos sobre la población civil de Irak están generando un doble efecto, contrario a las previsiones más optimistas de Bush y Blair: por un lado, el pueblo iraquí está tomando a sus presuntos liberadores son sus enemigos; y, por otro, Saddam Husein ha ganado simpatía entre amplios sectores sociales de su país y del mundo árabe. Precisamente, es por ello que la guerra en Irak no terminará tan pronto como inicialmente previeron los estrategas militares británicos y estadounidenses. Es por ello, además, que esa guerra será más costosa para Gran Bretaña y Estados Unidos, en términos económicos y en términos de pérdidas humanas, de lo que sus estrategias pudieron haber vaticinado antes de promoverla.

También el cinismo se ha hecho presente en el tema del respeto a los convenios internacionales, sobre todo a propósito del trato dado por el gobierno iraquí a los prisioneros de guerra estadounidenses. Voceros del gobierno de Estados Unidos denunciaron al régimen de Husein por haber mostrado públicamente a varios soldados capturados en combate, obviando que en esta guerra se han violado prácticamente todos los convenios internacionales y las normas humanitarias —y no precisamente por el régimen iraquí—. El cinismo estriba, no en defender los derechos de los prisioneros de guerra estadounidenses, sino en rasgarse las vestiduras por la violación de los derechos de éstos, cuando se están pisoteando los derechos fundamentales de miles de civiles indefensos.

Expresión máxima, pero no última, de este cinismo de los señores de la guerra, es la afirmación, recogida en cuantos espacios mediáticos ha sido necesario, de que los civiles iraquíes asesinados y lesionados en la guerra actualmente en curso lo son por culpa de Saddam Husein. Como muestra, un botón: La Prensa Gráfica del jueves 27 de marzo está plagada de noticias relacionadas con el impacto de los bombardeos anglonorteamericanos

sobre civiles iraquíes, pero, justo bajo un titular que dice “*Mueren catorce civiles por bombardeo*”, se recogen las declaraciones de la portavoz del Pentágono, Victoria Clark, que sostuvo sin tapujos lo siguiente: “hacemos esfuerzos extraordinarios para reducir la probabilidad de víctimas civiles. Cualquier muerte que ocurre es resultado directo de las políticas de Saddam Husein”. Es decir, las bombas y los misiles son arrojados por los aviones, helicópteros y barcos británicos y estadounidenses —bombas y misiles que caen sobre ciudades y poblados habitados por civiles—, pero, para la vocera del Pentágono, Husein es el responsable directo de quienes mueren o quedan mutilados por las explosiones de esas bombas y esos misiles.

Estamos ante una guerra en la que no sólo se están destruyendo vidas humanas en nombre de la libertad, sino en la que la verdad y la decencia están siendo violentadas como en los momentos más oscuros del siglo XX. Ciertamente, no todo es bajeza moral: quienes protestan contra la guerra alrededor del mundo y quienes, desde medios de comunicación como TV Azteca, intentan romper el cerco de desinformación montado por Estados Unidos y Gran Bretaña, rescatan algo de la reserva moral que aun le queda a la humanidad.

Perversamente, se quiere vender la idea de que estar en contra la guerra en Irak es estar a favor de Saddam Husein y que, inversamente, estar a favor de ella es apoyar la libertad, la democracia y la justicia. Las grandes cadenas televisivas de Estados Unidos y Gran Bretaña han manipulado la conciencia de millones de personas en el mundo con semejante falsedad. Estar en contra de la guerra en Irak no significa necesariamente estar a favor de Husein y su régimen, sino que puede (y debería) significar estar a favor de las víctimas inocentes de ella. La apuesta debe ser por la dignidad y la vida de un pueblo que está siendo abatido, en nombre de los valores últimos de Occidente, por el terror, la destrucción y la muerte.

Por lo mismo, estar a favor de la guerra en Irak no significa apoyar la libertad, la democracia y la justicia, sino consentir en

la destrucción del supuesto sin el cual esos valores no son nada: la dignidad y la vida de las personas. Cuando los nazis irrumpieron en la vida política europea, en la década de los años 30 del siglo XX, las mentes más lúcidas de aquel momento vislumbraron, no sin pavor, que la civilización tendría que librar una dura batalla si no quería sucumbir ante la barbarie. En estos primeros años del siglo XXI, la barbarie vuelve a amenazar a la civilización, esta vez no en nombre de una presunta superioridad racial, sino en nombre de la democracia, la libertad y la justicia. ¿Civilización o barbarie con ropajes democráticos?: ese el dilema que plantea a los hombres y mujeres de ahora la escalada militar angloestadounidense en Irak.